
SÉNECA: EL PERSONAJE Y SU OBRA

JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ
ACADÉMICO NUMERARIO

Al tratar de ofrecer, aun en breves pinceladas, unos datos biográficos de nuestro Séneca, en seguida encontramos dos niveles de información muy diferentes: de una parte, los que corresponden a sus primeros años de vida y juventud; de otra, los referidos a su edad madura. Como ocurre con frecuencia con los personajes de la antigüedad, son muy escasas las noticias llegadas hasta nosotros que nos permitan reconstruir, con ciertos visos de objetividad, su infancia y primeros años; pero en el caso de Séneca son especialmente parcas; más aún, además de su parquedad, se trata de referencias indirectas y, a veces, ambiguas que se prestan a interpretaciones muy diversas. Afortunadamente corremos mejor suerte al abordar los años de su edad madura, como corresponde a uno de los hombres más influyentes del Estado en la época crucial por la que pasa la sociedad romana bajo el dominio de Nerón. Pero ese destacadísimo protagonismo político y social de nuestro autor, en un momento histórico tan comprometido, no confiere, por sí solo, mayor grado de credibilidad a las fuentes, sino que se torna en motivo de justificadas discrepancias entre los tratadistas. En efecto, algunos biógrafos sienten la necesidad de adoptar determinadas precauciones frente a autores utilizados tradicionalmente como fuente, pero que, al ser coetáneos y estar estrechamente vinculados e inmersos en las mismas rivalidades políticas y sociales del propio Séneca, hacen sospechar que sus apreciaciones y juicios pueden no estar exentos de cierta parcialidad.

Es cierto que Lucio Anneo Séneca nació en Córdoba¹, la famosa capital de la Bética, pero desconocemos la fecha exacta de su nacimiento. Contamos con suficientes elementos de juicio para situarlo entre los años 4 y 1 a.C. Hoy predominan claramente los partidarios de la fecha más temprana, esto es, el año 4 a.C., inducidos por afirmaciones, generalmente vagas, cuando no ambiguas, del propio

¹ Son muy conocidos los versos de Marcial en que certifica la patria de nuestro autor: "Dos Sénecas y un Lucano / proclama la elocuente Córdoba" (Mart. 1,61, 7-8).

Séneca en las que nos vamos a detener unos instantes. Dos de estas afirmaciones se refieren a sus primeros años y otras tantas a su vejez. La primera la encontramos en el tratado *De tranquillitate animi*² (Sobre la serenidad) donde afirma, aunque en términos ambiguos, acordarse de G. Asinio Polión, el famoso orador e influyente hombre político, amigo de Horacio y Virgilio, a quien éste dedicó la *Égloga* 4. Aunque no nos dice expresamente que llegara a verlo, sino que se acuerda de él, incluso el recuerdo aboga a favor de la fecha más temprana, pues, según S. Jerónimo, Asinio Polión muere el año 5 d.C.³, por lo que, en ese momento, nuestro autor podía contar ya nueve años⁴.

La segunda referencia se encuentra en las *Cartas a Lucilio*⁵ donde declara que su juventud transcurrió durante los primeros años del reinado de Tiberio (iniciado en el a. 14)⁶.

Las otras dos referencias aluden a su vejez. En la primera da cuenta de una visita a su granja, donde descubre que todo lo que le rodea le habla de su ancianidad⁷: comienza acusando a su granjero de haber abandonado el cuidado de unos plátanos, que ofrecen un aspecto lamentable, con las ramas nudosas y retorcidas y los troncos rugosos; y a renglón seguido admite que es la consecuencia de la cantidad de años que han transcurrido desde que él mismo los plantó. Continúa contando cómo le llamó la atención la presencia de un anciano decrepito que resultó ser un viejo conocido, el hijo de un granjero por el que, de niño, Séneca sentía cierta predilección y le hacía regalos.

Pero más contundente aún se muestra en otra carta cuyo inicio vamos a reproducir:

“Hace poco”, afirma textualmente, aludiendo al pasaje que acabamos de citar, “te decía que me encontraba a la vista de la vejez: ya temo haberla dejado detrás de mí. Otro término resulta ya más adecuado a estos años, también a este cuerpo; porque vejez es, sin duda, el nombre de la edad fatigada, no de la agotada: cuéntame entre los decrepitos que tocan ya el fin de sus días”⁸.

El texto es suficientemente elocuente. Séneca se considera ya muy anciano. Y esto lo escribe, según todos los indicios, en los años en que vive retirado de la ajetreada vida política, aproximadamente entre los años 60 y 62.

A pesar de todo, no faltan especialistas de primera fila que, como Pierre Grimal⁹, se muestran partidarios de la fecha más reciente.

² Sén., *Tranq.* 17,7.

³ Bien es cierto que no es esta una opinión unánime, pues Tácito la hace coincidir con los últimos años de la vida de Augusto (+ 14 d.C.), poco probable, si tenemos en cuenta que Polión nació el 76 a.C.

⁴ Esta edad facilita la interpretación del texto, teniendo en cuenta, además, que Polión murió muy anciano (a los 81 años), lo que permite presuponer que durante un tiempo antes de su muerte estaría ya recluido en su casa, retirado de la vida pública y de las actividades en que lo recuerda Séneca.

⁵ Sén., *Ep.* 108,22.

⁶ El término utilizado, *iuuenta*, define el período de la vida que se iniciaba alrededor de los 15 años (cuando el varón se desprendía de la toga praetexta) y se prolongaba durante varios años.

⁷ Sén., *Ep.* 12,1-3.

⁸ Sén., *Ep.* 26,1.

⁹ P. Grimal, 1978, *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 56-58.

Pues bien, vistas las razones que abogan a favor del nacimiento en el año 4 a.C., lo cierto es que vio la luz en Córdoba, en el seno de una familia de sólida posición económica, perteneciente al orden ecuestre y muy conocida no sólo en su provincia, sino incluso en la misma Roma. Fueron sus padres Lucio Anneo Séneca (el Retor) y Helvia. De ésta apenas nos han llegado más noticias que algunas proporcionadas por su propio hijo en la *Consolación a Helvia*, escrita con motivo de su destierro en Córcega. Perteneciente también a una familia de rancio abolengo en la provincia, debió sentir auténtica pasión por la cultura y la ciencia, pues sabemos por su propio hijo que, aun teniendo que vencer la oposición de su familia y del propio marido, chapados a la antigua, consiguió, con su talento y dedicación, adquirir unos conocimientos más que notables entre las mujeres de su época.

Algo diferente se nos ofrece la biografía del padre, aunque plagada de insoslayables lagunas. Nació también en Córdoba, en torno al año 55 a.C. Parece que siendo aún joven comenzó a visitar Roma, donde pasaba largas temporadas dedicado al estudio y al ejercicio literario; allí asiste también a lecturas y declamaciones públicas¹⁰. Pero no deja de volver de vez en cuando a su ciudad natal. Aquí contrae matrimonio con Helvia, aunque desconocemos la fecha de celebración de la boda.

Del matrimonio nacieron tres hijos. El mayor, L. Anneo Novato, fue adoptado por el famoso retor romano Junio Galión, con quien el padre tenía gran amistad y de quien se cree fue el maestro de los hijos. Tras la adopción, siguiendo la norma, tomó el nombre de su padre adoptivo, pasando a llamarse L. Junio Galión¹¹ y, a su amparo, recorrió el *cursus honorum* llegando a ejercer de procónsul en Acaya en tiempos de Claudio, entre los años 51-53. En el ejercicio de tales funciones, presidiendo un tribunal, es citado en *Los Hechos de los Apóstoles*¹², convirtiéndose así en el único hispano que aparece en el *Nuevo Testamento*.

El segundo hijo del matrimonio fue L. Anneo Séneca, nuestro autor; y el tercero, L. Anneo Mela, del que no sabemos cuándo nació ni cuándo marchó a Roma, donde incluso podía haber nacido. Tácito lo trata de una manera un tanto despectiva; lo describe como caballero con rango senatorial, que voluntariamente había rehuido los cargos políticos, buscando el camino más corto para hacer fortuna: el desempeño de altos cargos en la administración pública¹³. De él afirma que es hermano de Séneca y que sirvió de gran ayuda a su fama el ser padre de Lucano. También se vio implicado en la conjura contra Nerón y, siguiendo el procedimiento calificado por Tácito como “el más común por entonces”¹⁴, puso fin a su vida abriéndose las venas.

¹⁰ Son datos que obtenemos rastreando sus obras, p.e., *Suas.* 3,6.

¹¹ Tácito lo cita como hermano de Séneca, pero llamándolo simplemente Junio Galión (Tác., *An.* 15,73,3).

¹² *Hech.* 18,12-17. Se trata del juicio a que se ve sometido S. Pablo en Corinto, acusado por los judíos de predicar la existencia de un solo Dios.

¹³ Tác., *An.*, 16,17.

¹⁴ Tác., *An.*, 16,17,5.

Siendo Séneca aún muy pequeño, vuelve el padre a Roma y se lo lleva con él. Parece que la madre queda por el momento en Córdoba, pero les acompaña su tía, la hermana de Helvia, la que encontraremos después casada con el prefecto en Egipto G. Galerio, mujer de capital importancia para el futuro de nuestro autor, según tendremos ocasión de ver. Se cree que el Padre reside ya en Roma habitualmente, salvo esporádicas visitas a su ciudad natal. Conservamos dos obras suyas, *Suasorias* y *Controversias*, que algunos consideran poco originales por tratarse de recopilaciones de autores a cuyas declamaciones y lecturas públicas él había asistido; pero no faltan los juicios del propio autor donde pone en evidencia que en su talento y formación tuvo siempre nuestro gran Séneca el mejor modelo, aspecto, por cierto, poco reconocido por la crítica moderna, salvo honrosas excepciones¹⁵. En lo que sí parece estar de acuerdo la crítica es en la creencia de que se ha perdido su obra quizá más importante, la que contaba las guerras civiles romanas que se inician con los enfrentamientos entre César y Pompeyo. Desconocemos también la fecha exacta de su muerte. Se cree que debió ocurrir el año 39 ó 40 d.C.

Vistos a grandes rasgos los datos que conocemos de la familia, centremos ya la atención en nuestro autor. Lo habíamos dejado en Roma siendo muy pequeño; tan pequeño que, según sus propias palabras, fue llevado a Roma en los brazos de su tía¹⁶. Bien es verdad que el propio sentido común aconseja no tomar el texto en sentido literal: ningún padre normal, salvo por estricta necesidad (que no parece el caso), habría sometido al riesgo que comportaba un viaje de tales características a un niño excesivamente pequeño, máxime si, como se cree, la madre se queda en Córdoba. Pero también es igualmente obvio que las palabras del propio interesado no dejan lugar a dudas aunque haya que interpretarlas en un sentido figurado: es claro que aún era pequeño. Probablemente se encontraba en edad de comenzar a asistir a la escuela, con lo que el viaje obedecería al especial deseo del padre de que recibiese una educación esmerada, no en una escuela de provincia, sino en la mismísima Roma.

Pronto empezaría a acudir a la escuela del gramático y posteriormente del retor, siguiendo la costumbre romana. Pronto se topó también con la filosofía, que atrae poderosamente la atención del joven. Ya en la edad madura, en una carta a Lucilio, recuerda todavía con cuánto entusiasmo se acercó a la filosofía, en concreto, a las lecciones del estoico Atalo, cuando disertaba contra los vicios, las riquezas, los banquetes etc. y a favor de la sencillez, sobriedad, frugalidad¹⁷. En otra carta se recuerda a sí mismo sentado, de joven, ante el pitagórico Sotión¹⁸. Ya desde entonces lo vemos inmerso en la práctica de la austeridad y frugalidad que le acompañarán toda su vida, pero en estos años su actitud es más radical, llegando a abstenerse de comer carne. Hasta tal punto que el padre tiene que tomar cartas en el asunto para que no le tomen por practicante de ritos judaicos o

¹⁵ Cfr. P. León, 1982, *Séneca el Viejo. Vida y obra*, Sevilla, *passim*, pero, especialmente, introducción.

¹⁶ Lo afirma en la consolación que dirigió a su madre cuando fue desterrado a Córcega, *Cons. a Helvia*, 19,2.

¹⁷ Sén., *Ep.* 108, 13ss.

¹⁸ Sén., *Ep.* 49,2.

egipcios, contra los que se decretaron fuertes represalias en el año 19 d.C., además de prohibir los propios ritos¹⁹. Asimismo, siguió las enseñanzas del también estoico Papirio Fabiano, de quien alaba su virtud y ciencia e incluso su elocuencia²⁰.

Por estos años se pone en evidencia la precariedad de su salud, quizá el motivo de su marcha a Egipto y su larga estancia allí, donde desde el año 16 ejercía de prefecto G. Galerio, casado con su tía, la que le había conducido a Roma. No sabemos a ciencia cierta cuándo se marchó (¿tal vez el año 24?), pero permaneció con ellos, bajo el cariñoso cuidado de su tía, hasta la finalización de la prefectura de su tío político, el año 31. Allí, junto a los maestros de Alejandría, pudo continuar los estudios a los que con tanto amor se entregó, la filosofía. De ésta llegará a afirmar que sólo ella le apartó del suicidio en los momentos en que con mayor fuerza era azotado su débil cuerpo por la enfermedad, debiéndole, por tanto, la vida y siendo ésta la menor de sus deudas para con ella²¹.

Una fuerte tempestad sobrevenida durante la travesía, en el viaje de regreso, provocó el naufragio y la muerte de G. Galerio, momento del que Séneca recuerda especialmente el arrojo y valentía con que su tía, también náufraga, asumió el grave riesgo de morir ahogada ella misma con tal de recuperar el cuerpo de Galerio²².

A su regreso a Roma comienza a hacerse un buen nombre como abogado que destaca por su brillante elocuencia, opinión de la que no participaba Calígula, que frecuentemente mostró cierta aversión hacia Séneca. Conocida es la frase que le atribuye Suetonio y que se convierte, indirectamente, en el mejor testimonio del éxito obtenido por nuestro autor: “decía de Séneca”, afirma, “el escritor más de moda por entonces, que componía «simples ejercicios escolares» y «que eran como arena sin cal»”²³.

Por entonces, bajo el patrocinio y a instancias de su tía, comenzó su *cursus honorum*, a una edad bastante avanzada para lo que era habitual entre los romanos. Probablemente desempeñó el primero de los cargos de la carrera política, la cuestura, el año 34 ó 35, esto es, en la recta final del reinado de Tiberio (14-37). En el último año de Tiberio o en los albores del reinado de Calígula debió desempeñar la segunda de las magistraturas, el tribunado de la plebe o el edilazgo.

El corto reinado de Calígula (37-41) representó para nuestro autor un período de profundas experiencias y novedades, la mayoría negativas, de las que deja constancia en la *Consolación a Helvia*²⁴: en primer lugar fue objeto de las antipatías del príncipe, lo que estuvo a punto de costarle la vida; asistió a la muerte de su padre (año 39-40); también en este período se casó con una mujer de la que no

¹⁹ Tác., *An* 2, 85.

²⁰ Sén., *Ep.* 40,12.

²¹ Sén., *Ep.* 78,3.

²² Sén., *Cons. a Helvia*, 19, 4.

²³ Suet., *Calíg.* 53. Resulta altamente significativo que el propio Suetonio reconozca el gran éxito de nuestro Séneca, habida cuenta de su animadversión habitual hacia la familia de los Anneos (cfr. J. Mellado, 1979, “Consideraciones acerca de Lucano”, *BRAC* 100, pp. 153-164).

²⁴ Sén., *Cons. a Helvia*, 2, 4-5.

sabemos nada más, ni si se trata de Pompeya Paulina, la fiel esposa que se solidarizó con él hasta el punto de no querer sobrevivir a su muerte. De ella tuvo un hijo que murió poco después, bien avanzado el 41, unos días antes de que él fuese condenado al destierro, según declara el propio autor en la obra citada²⁵.

A este período podrían pertenecer las dos obras quizá más antiguas de las conservadas, *la Consolación a Marcia* y *Sobre la ira*.

Pero sus desgracias no habían concluido aún. Por este tiempo se ve envuelto en una grave acusación promovida a instancias nada menos que de Mesalina, la intrigante esposa de Claudio, recientemente nombrado emperador. Se le acusaba de haber cometido adulterio con una mujer perteneciente a la más alta aristocracia romana, Julia Livila, hija de Germánico y hermana del asesinado Calígula. La estricta aplicación de la "Ley Julia sobre los adulterios" exigía la pena de muerte para ambos infractores. Pero los hechos que se sucedieron vinieron a demostrar de manera contundente que quien estorbaba especialmente a los planes de Mesalina era Julia Livila, sentenciada a muerte por Claudio a instancias de su esposa, a pesar de que, como confiesa Suetonio, nada se había probado y ni aun siquiera se le permitió defenderse²⁶, mientras que, por el mismo delito, a Séneca le fue conmutada la pena de muerte por la del destierro a Córcega. Salvó con ello la vida, pero el fuerte revés sufrido por Séneca le hundió inicialmente en la desesperación. Afortunadamente, en medio de tantas adversidades y desolación encontró refugio y consuelo en la filosofía y la meditación a las que se entregó de lleno; éste fue el crisol donde se forjó el mejor Séneca que conocemos.

Durante el destierro escribió, al menos, *Consolación a Helvia*, su madre, y *Consolación a Polibio*.

Si las intrigas de la primera mujer de Claudio causaron su perdición, las de la segunda, Agripina, propiciarán su regreso a Roma y el comienzo de sus años de mayor gloria. En efecto, permaneció en el exilio hasta el año 49, a pesar de sus intentos por conseguir el perdón de Claudio por mediación de Polibio, liberto muy amigo del emperador a quien, con tales intenciones, había dedicado la *Consolación*. Al fin tuvo la suerte de entrar en los planes de Agripina, la segunda esposa de Claudio y nueva manipuladora de la política palaciega y otros designios, quien convence a Claudio para que le mande llamar. Desde este momento Séneca se ve arrastrado por la política de Agripina que le tiene reservado un papel de primerísima magnitud. Con su apoyo consigue una nueva magistratura, la pretura, el mismo año 49, y recibe de ella el encargo de la educación de su hijo Domicio²⁷, el futuro Nerón, fruto de un matrimonio anterior, que es adoptado por Claudio cuando contaba once años de edad.

Ya tenemos a Séneca en palacio, como preceptor inseparable de Nerón, de donde no saldrá en más de diez años. Le acompaña al lado de Nerón otro hombre elegido también cuidadosamente por Agripina, el experto militar Sexto Afranio

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ Suet., *Claud.* 29,1. También creo que este testimonio de Suetonio tiene un valor muy especial, por la razón aludida en la nota 24. Como sabemos por otros autores, además del propio Suetonio, Claudio nunca fue capaz de hacer frente a las veleidades e intrigas de sus esposas.

²⁷ Tác., *An.* 12,8,2.

Burro, responsable de los aspectos políticos. Los planes de Agripina empiezan a cumplirse inexorablemente y pocos años más tarde, en el 54, Claudio muere envenenado por su propia esposa. Nerón toma el relevo en el trono aupado por Séneca y Burro que no en balde ocupa ya en ese momento la prefectura del pretorio, es decir, es el jefe supremo de la guardia ciudadana.

Tras la muerte de Claudio, Séneca publica su sorprendente *Apocolocintosis*, es decir, “la transformación de Claudio en calabaza”, una burla desconcertante, de difícil concordancia y ensamblaje con la dignidad y rigor del pensamiento y producción literaria de nuestro autor, lo que tal vez pueda darnos la medida de hasta qué punto se vio atrapado en estos años en la tela de araña urdida por Agripina.

A partir de este momento, en su calidad de consejero inseparable del príncipe, comienzan los años de mayor influencia y poder de Séneca, alcanzando en el 56 la más alta magistratura a que podía aspirar un noble romano, el consulado: fue nombrado *consul suffectus*, aunque por poco tiempo. Regalado continuamente por Nerón, Séneca comienza a fraguarse una enorme fortuna que va despertando la ineludible envidia entre la ambición de los poderosos. Son elocuentes las palabras de Tácito, para quien tal fortuna sobrepasaba los límites de un particular²⁸. Son los años más brillantes del filósofo. A este período pueden pertenecer las obras *Sobre los beneficios*, *Sobre la brevedad de la vida*, *Sobre la clemencia*, *Sobre la felicidad*, *Sobre la firmeza del sabio*, *Sobre el ocio* y *Sobre la serenidad*²⁹. Todas estas obras rezuman ese estilo tan característico de nuestro autor, sembradas de sentencias en las que se encierran valores universales que tanta fama le han proporcionado justificadamente.

Los propios excesos del príncipe y la dinámica de los acontecimientos van enturbiando una situación ya de por sí bastante enrarecida. Adquiere tintes dramáticos cuando Nerón manda eliminar a Germánico; después a su propia madre³⁰, en el 59. También Burro comienza a sufrir el acoso de ambiciosos e intrigantes personajes que van ganando cotas de influencia ante el príncipe, entre los que destaca Ofonio Tigelino; y, al fin, Burro es eliminado en el 62. Séneca contempla entonces con dolor los desmanes de su alumno que ya se ha desvinculado decididamente de sus consejos. Llega a temer por su vida y pide a Nerón que le conceda la gracia de retirarse de la vida pública por encontrarse ya viejo y cansado, pero Nerón se la deniega, no está dispuesto a renunciar a la cobertura moral que la presencia de Séneca le ofrece ante la sociedad romana; aunque no usa de sus consejos, le retiene a su lado como coartada.

A este momento pertenecen sus obras más maduras, un tratado científico, *Cuestiones Naturales*, y las *Cartas a Lucilio*, excelente compendio de filosofía estoica.

Pero hemos hablado hasta aquí exclusivamente de la producción en prosa.

²⁸ Tác., *An.* 14, 52.

²⁹ En el establecimiento de la cronología de las obras, como en algunos otros datos, hemos seguido el excelente estudio de Carmen Codoñer, 1986, “Estudio preliminar”, en *Diálogos*. Lucio Anneo Séneca. Estudio preliminar, traducción y notas, Madrid, XI-XXV.

³⁰ Nos lo narra Tácito con cierto lujo de detalles, *An.* 14, 7-8.

Además de ésta, conservamos de Séneca una colección de nueve tragedias de inspiración griega, escritas en verso, que han tenido una enorme influencia en la literatura posterior y que han hecho correr ríos de tinta por la complejidad de los problemas que plantean. Sus títulos son: *Hércules loco*, *Las Troyanas*, *Las Fenicias*, *Medea*, *Fedra*, *Edipo*, *Agamenón*, *Tiestes* y *Hércules en el Eta*. Durante mucho tiempo se le atribuyó también otra, *Octavia*, que hoy nadie reconoce como suya. Uno de los problemas que aún no ha superado la crítica es el de la cronología: no hay forma de poner de acuerdo a los especialistas sobre el orden en que fueron apareciendo ni, mucho menos, los años ni aun siquiera la época de su publicación. Hay opiniones para todos los gustos, si bien parece aconsejable situarlas, al menos, tras el destierro.

Continuando el hilo de nuestra narración, la situación en Roma se ha hecho insufrible: las intrigas de muerte y el miedo se han enseñoreado de la ciudad y se organiza una conjura entre afectados por los interminables despropósitos y crueldades de Nerón y añorantes del antiguo régimen republicano; se organizan en torno a Pisón. Entre la multitud de conjurados se encuentran también Séneca y su sobrino Lucano. La conjuración es descubierta el año 65 y corren ríos de sangre. Tanto Séneca como su sobrino reciben la orden fatal. Tácito se hace eco de la fortaleza de ánimo con que nuestro autor procede a quitarse la vida rodeado de sus amigos, ofreciéndoles su última lección de paz, sosiego y entereza y secundado por su fiel esposa Pompeya Paulina a la que salvan en el último momento. Por el dramatismo y el detalle de la descripción, paso a traducir sus propias palabras³¹:

“Él, impertérrito, pide las tablillas de su testamento. Ante la negativa del centurión, se vuelve a sus amigos y, puesto que se le prohibía corresponder a su afecto, manifiesta que les lega lo único que ya le queda, aunque también lo más hermoso: la imagen de su vida; que, si la mantienen en el recuerdo, portarán fama de personas virtuosas como fruto de su perseverante amistad. Al mismo tiempo, ya con su conversación, o bien, más severo, como si les reprendiera, trata de tornar sus lágrimas en firmeza, preguntándoles con insistencia dónde estaban los preceptos de la filosofía, dónde los razonamientos, por tantos años meditados, frente a lo inminente; a quién resultaba desconocida la crueldad de Nerón; ni ya -les decía-, tras asesinar a su madre y hermano, faltaba otra cosa que añadir la muerte de su educador y preceptor.

Después de hechas estas observaciones y otras similares como para todos, abraza a su mujer y, un poco enternecido a pesar de su visible entereza, le ruega y suplica que atempere su dolor y no lo haga eterno, sino que en la observancia de una vida virtuosa sobrelleve la añoranza de su marido con honestos consuelos. Pero ella replica asegurándole que también a ella le está reservada la muerte y reclama la mano del ejecutor. Entonces Séneca, para no oponerse a su gloria y al mismo tiempo por amor, a fin de no exponer a las injurias a la persona que él más quería, le dice: “Yo te había mostrado los atractivos de la vida, tú prefieres el honor de la muerte; no puedo ver con malos ojos tal ejemplo. Sea igual por parte de uno y otro el tesón de una muerte tan valerosa, pero mayor gloria la de tu final”. Tras esto se abren los

³¹ Tác., *An.* 15,62-64.

brazos con un mismo tajo del hierro. Séneca, puesto que su cuerpo decrepito y debilitado por la parquedad de alimento expulsaba con lentitud la sangre, se abrió también las venas de muslos y pantorrillas. Y, extenuado por crueles suplicios, para no quebrantar el ánimo de su esposa con sus manifestaciones de dolor ni dejarse llevar él mismo hasta la incapacidad de sufrir al contemplar los tormentos de ella, la persuade a que se retire a otra habitación. Y con una exhibición de elocuencia aun en su último momento, convocó a sus secretarios y les dictó abundantes disposiciones que, por haber sido ya divulgadas literalmente, me abstengo de repetir.

Pero Nerón, carente de odio particular hacia Paulina y por no fomentar la aversión por su crueldad, ordena que se le impida morir. A instancias de los soldados, esclavos y libertos le vendan los brazos y detienen la hemorragia, sin que se sepa si estaba inconsciente. En efecto, como el vulgo es propenso a la interpretación más maliciosa, no faltaron quienes creyeron que, mientras temió al implacable Nerón, buscó la gloria de una muerte solidaria con su marido, pero, al ofrecérsele una esperanza más benigna, se había dejado vencer por los encantos de la vida, que prorrogó después pocos años en medio de un loable recuerdo de su marido, manifestándose en su rostro y miembros tal grado de palidez que resultaba evidente que había dejado escapar una parte considerable de su espíritu vital. Entretanto Séneca, como se prolongaba el lento trance de su muerte, suplica a Estacio Anneo, cuya leal amistad y conocimientos médicos hacía tiempo tenía probados, que le proporcione el veneno previsto desde tiempo atrás, con el que ponían fin a su vida entre los atenienses los condenados en juicio público. Una vez servido se lo bebió en vano, fríos ya sus miembros y bloqueado el cuerpo a la fuerza del veneno. Al fin se metió en un baño de agua caliente, rociando a los esclavos más próximos mientras decía que libaba aquel líquido en honor de Júpiter Liberador. Acto seguido se introdujo en la bañera con cuyo vapor se asfixió. Fue incinerado sin celebración alguna de exequias. Así lo había dispuesto previamente en un escrito cuando, aún supermillonario y todopoderoso, se preocupaba de sus últimos momentos”.

Este es, en síntesis, el bosquejo biográfico de nuestro Séneca. Murió el personaje, pero nos quedó una obra fecunda. Las ideas estoicas que predica insistentemente en todos sus escritos, tan distantes de la práctica habitual de la Roma del momento, le granjearon el cariño y las simpatías de esa nueva manifestación revolucionaria que rompe con enorme energía, el cristianismo, que lo acogerá casi como uno de los suyos. Porque, por encima de todo, Séneca es el hombre que contempla el dolor que acosa al ser humano, la desgracia, la desventura, el mal, en definitiva, y busca con todo ahínco una respuesta. Al servicio de esa noble causa pone lo mejor de sí mismo y encuentra, al fin, la respuesta en la resignación propugnada por el estoicismo. Pero esta resignación no es un mero anestésico como fórmula para conseguir un consuelo, sino una actitud anímica que produce en el ser humano un estado de templanza y de armonía³², la misma que él demostró ante la muerte.

³² M^a Zambrano, 1992, *El pensamiento vivo de Séneca*, Madrid, p. 38.